

LIMA EN BLANCO Y NEGRO

Las figuras del toreo (I)

Por Nicomedes Santa Cruz

(En torno a la encuesta lanzada por don Manuel Mujica Gallo en su artículo titulado "¿POR QUE NO HA DADO UN GRAN TORERO EL PERU?", aparecido en el Suplemento Deportivo de EXPRESO).

El buen aficionado, infatigable escritor e inclaudicable amigo, don Manuel Mujica Gallo, lamenta en su convocatoria el hecho "que en más de cuatro siglos que el pueblo peruano respira la emoción brava de su linaje taurino, no haya aportado al arte de lidiar reses bravas una al menos de sus grandes figuras". Y continúa a renglón seguido: "Confieso que yo como aficionado sufro, como un baldón humillante, el que en nuestra tierra no haya nacido una gran figura del toreo".

En primer lugar debo reparar en aquello que don Manuel llama "más de cuatro siglos de respirar su linaje taurino". Porque, desde 1540, fecha en que don Francisco Pizarro mata a rejonazos el segundo de los tres toros de Maranga que se jugaron aquel 29 de Marzo para celebrar la consagración de óleos hecha por el Obispo Fray Vicente Valverde, hasta el 30 de Enero de 1766, en que se inaugura la Plaza de Acho, la fiesta de toros tuvo un carácter preeminentemente caballeresco, motivada por acontecimientos áulicos (nacimiento o coronación de reyes en España, llegada de un nuevo Virrey al Perú, etc.), en el que las

flor y nata de la aristocracia española y limeña. Como el Juan de Valencia, que cita don José María de Cossío, en el tomo IV de Los Toros, pág. 179: "nacido en Lima en 1605, ha sido el primer diestro famoso que envía el Perú a España, pues en las fiestas taurinas de la corte acreditó su competencia, siendo de los más famosos rejoneadores entre los conocidos entonces". Cossío lo considera "la primera figura taurina del Perú en el siglo XVII".

¿Por qué no figura en nuestros anales taurinos este limeño Juan de Valencia? ¿Y por qué sus triunfos en el Perú y España no aplacan la diógenesca búsqueda de don Manuel Mujica Gallo?...

Señaladamente, porque Valencia, nuestro rejoneador y tratante taurino, fue un criollo en toda la acepción colonialista de la palabra: no un peruano nacido en Lima sino un español nacido en América. Tan es así, que pese a la posición y notoriedad que aquí alcanzara —saturado de limeña huachafaría se hacía llamar Juan de Valencia "El del Infante"—, pues pertenecía a una ilustre familia zamorana que presumía linaje real, como descendientes del famoso infante don Juan Manuel.

nuestro "paisano" acabó residiendo en España, donde llegó a ocupar el codiciado cargo de "Espía Mayor del Reino".

Entonces, a los cuatro siglos de respirado linaje taurino habría que restarle 226 años de aristocrática tauromaquia ecuestre, durante los cuales la plebe, compuesta de indios y negros esclavos, fue limitada al servicio de pajes de rejón y al desjarrete.

Debemos buscar a nuestra peruana "figura del toreo" en la misma Plaza de Acho y a partir de su inauguración en 1766. No porque el coso que se edificara bajo el gobierno de Amat democratizara el toreo, sino porque la inauguración de Acho coincide con la decadencia de los caballeros alanceadores y rejoneadores y con la tecnificación y profesionalización del toreo a pie, tanto en España como en América. Sin embargo, llegaremos al fin del siglo XVIII y seguirán siendo españoles los animadores de la fiesta brava: soldados de Su Majestad serán los "corredores de llave", que luego la entregarán al Virrey; exclusividad de los hispanos será también el picar los toros, y españoles los lidiadores de a pie que deberán estoquear al burel.

(Continuará)